

“CRECER BAJO LA DICTADURA BIRMANA”

La situación de los niños
tras 41 años de
poder militar en Birmania.



CONFEDERACIÓN INTERNACIONAL DE ORGANIZACIONES SINDICALES LIBRES

“CRECER BAJO LA DICTADURA BIRMANA”

**La situación de los niños tras 41 años de poder militar en Birmania.
Informe preparado por Samuel Grumiau para la Confederación
Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (CIOSL)
8/2003**

SUMARIO

Introducción	2
Algunos datos y estadísticas relativos a Birmania	3
Resumen histórico: 41 años de dictadura	4
Nivel de vida en Birmania	5
La situación de los niños en Birmania	8
1) La educación	8
2) El trabajo infantil	15
3) El trabajo forzoso de los menores	18
4) La salud	12
La situación de los niños birmanos en Tailandia	23
1) Los birmanos de Tailandia	23
2) La educación de los niños birmanos en Tailandia	23
3) El trabajo de los niños birmanos	26
4) La salud	27
La situación de los niños birmanos en Bangladesh	28
Conclusiones	30

INTRODUCCIÓN

Este informe gira en torno a la situación de los niños birmanos que viven en su propio país y en Tailandia, su principal país de exilio. Fue preparado luego de dos viajes a Tailandia y Birmania, donde se efectuaron encuentros con decenas de personas activas en el ámbito de la infancia: padres, niños, docentes, médicos, sindicatos, ONG, etc. Tanto en Birmania como en Tailandia tuvimos asimismo ocasión de visitar diversos hospitales, escuelas y fábricas donde trabajan niños. La mayoría de nuestros interlocutores pidió que en este informe no se mencionaran sus nombres para evitar ponerlos en peligro. Les agradecemos el tiempo que nos concedieron y hacemos llegar un reconocimiento muy especial a las personas que, en la misma Birmania, asumieron riesgos para mostrarnos la realidad de su país.

La población birmana es joven: alrededor del 42 por ciento de los birmanos y birmanas tiene menos de dieciocho años. No obstante, la dictadura militar que ocupa el poder en Birmania no da ninguna prioridad ni al desarrollo ni al bienestar de los menores: consagra casi la mitad del presupuesto estatal al ejército, dejando nada más que migajas para cargos tan importantes como los del ámbito de la docencia y la atención médica, a pesar de que el país no sufre ninguna amenaza exterior. La catastrófica situación económica resultante de la política de los distintos gobiernos militares que se suceden desde hace décadas en Birmania obliga a la gran mayoría de los padres a hacer que sus hijos trabajen so pena de no poder alimentar a la familia. En Birmania están difundidas las peores formas de trabajo infantil, tanto en el ejército, la construcción, el trabajo doméstico, la minería como en otros ámbitos. Los niños no escapan al trabajo forzoso que los militares imponen diariamente a centenares de miles de birmanos.

Buscando escapar de tan dura realidad, alrededor de 2 millones de birmanos optaron por exiliarse en Tailandia. Solamente una minoría de esas personas tiene derecho de vivir en los campamentos de refugiados, donde el acceso a la atención médica y las posibilidades de estudiar corren por cuenta de las ONG. Los demás migrantes sobreviven trabajando para empleadores tailandeses, percibiendo salarios netamente inferiores a los de los trabajadores nacionales. En teoría, Tailandia no reconoce a los hijos de esos migrantes el derecho de inscribirse en sus escuelas, aún cuando en la práctica a veces eso se hace posible gracias a la comprensión de los directores de las escuelas y de las autoridades locales. En el seno de la diáspora birmana en Tailandia surgieron algunas iniciativas para brindar a esos niños un mínimo de instrucción en escuelas informales que, lamentablemente, son demasiado poco numerosas.

Para centenares de miles de niños birmanos, ya sea que vivan en Tailandia o en Birmania, el acceso a una escuela y a una buena atención médica seguirá siendo una utopía hasta tanto la dictadura militar de Rangún no modifique radicalmente su política. Ésa es la realidad que viven los niños de quienes

hablaremos en este informe, aunque deseamos aclarar que el mismo no pretende ser de carácter exhaustivo.

Notas:

-Cuando en este informe hablamos de “población birmana” o de “birmanos” estamos refiriéndonos al conjunto de la población de Birmania, incluyendo a las etnias minoritarias, que habitan sobre todo en las regiones fronterizas.

-La dictadura modificó el nombre del país y de distintas localidades. Sostiene que se trata de una medida necesaria para poner distancia del pasado colonial, haciendo que esos nombres estén más emparentados con el birmano corriente, pero la oposición democrática no está de acuerdo con esos cambios. “Birmania” se convirtió en “Myanmar”, “Rangún” pasó a ser “Yangon”, la ciudad de “Moulmein” se llama ahora “Mawlamyaing”, “Pegu” se convirtió en “Bago”, etc. En este informe utilizaremos los nombres recomendados por la oposición democrática, que son también los más conocidos a escala internacional.

-Cuando se expresan cifras en dólares se está aludiendo al dólar estadounidense.

ALGUNOS DATOS Y ESTADÍSTICAS RELATIVOS A BIRMANIA

Población: 47 millones

Capital: Rangún

Superficie: 676.552 km²

Tipo de régimen: dictadura militar dominada por el SPDC (State Peace and Development Council, es decir, Consejo Nacional por la Paz y el Desarrollo)

Jefe de Estado: General Than Shwe

Esperanza de vida: 56 años

Índice de alfabetización de los adultos: 84,7%

Promedio de personas por familia: 5,25 (estadística de 1997)

PIB por habitante: 1.027 dólares

Mortalidad infantil: 92,2% (1995-2000)

Población urbana: 27,3%

Moneda nacional: el kyat (1 US\$ = 6,2 kyats al cambio oficial, pero entre 800 y 1.000 en el mercado negro a comienzos de 2003)

Religiones: budismo (85%), animismo (5%), cristianismo (4,5%), islam (4%), hinduismo (1%)

RESUMEN HISTÓRICO: 41 AÑOS DE DICTADURA

En enero de 1948, Birmania se independiza del Reino Unido, tras largas negociaciones de las que se había hecho cargo el General Aung San, asesinado seis meses antes. A pesar de la actividad de numerosos movimientos rebeldes, se instaura una democracia parlamentaria. En 1962, un golpe de Estado militar encabezado por el General Ne Win derroca al gobierno. El nuevo régimen encauza al país en la “vía birmana del socialismo”, lo que origina una catástrofe económica que va acompañada de una drástica reducción de las libertades. En 1987 y 1988 tienen lugar multitudinarias manifestaciones para reclamar el retiro de Ne Win. Éste abdica en julio de 1988 pero ya es demasiado tarde para que cesen los disturbios populares. Continúan las manifestaciones, principalmente el 8 de agosto de 1988 (8/8/88), cuando los militares disparan contra una multitud de manifestantes desarmados. No se sabrá nunca la cantidad exacta de muertos que dejó como saldo esa salvaje represión pero se sabe con certeza que fueron miles. El ejército sigue en el poder y en septiembre de 1988, un “Comité de Restauración de la Ley y el Orden del Estado” (más conocido por su sigla inglesa SLORC, correspondiente a State Law and Order Restoration Council), de reciente creación, impone la ley marcial. Abandona la “vía birmana del socialismo” y abre la economía al sector privado y a las inversiones extranjeras.

En 1990 se llevan a cabo elecciones, las primeras de los últimos 30 años. Las mismas finalizan con la aplastante victoria del partido democrático fundado por la hija de Aung San, la Sra. Aung San Suu Kyi (la NLD – Liga Nacional por la Democracia) que, a pesar de una serie de maniobras de los militares, obtiene 392 de los 485 escaños que debían cubrirse. El ejército no respeta el veredicto. Invade el local de la NLD y arresta a sus principales dirigentes. En los años noventa, la dictadura consolida aún más su poder al obtener grandes victorias sobre los rebeldes karen y mon, a lo largo de la frontera tailandesa, y firmar un alto el fuego con otros diecisiete grupos étnicos armados. En 1991 se otorga a Aung San Suu Kyi el premio internacional de mayor prestigio, es decir, el Premio Nobel de la Paz, pero no puede recibirlo personalmente por estar bajo arresto domiciliario. En noviembre de 1997, una reestructuración en el seno del régimen transforma el SLORC en el SPDC (State Peace and Development Council, es decir, Consejo Nacional por la Paz y el Desarrollo), pero en la práctica nada cambia. El 6 de mayo de 2002 Aung San Suu Kyi es liberada de su arresto domiciliario pero numerosos miembros de la NLD siguen tras las rejas y la junta controla de cerca las actividades del partido.

NIVEL DE VIDA EN BIRMANIA

Para darse cuenta cabalmente de las realidades que se describen en este informe, es útil hacerse una idea del nivel de vida de la gran mayoría de los birmanos. He aquí algunos ejemplos de los ingresos de los trabajadores birmanos adultos (en el mercado negro, 1 dólar valía a comienzos de 2003 entre 800 y 1.000 kyats) :

- Trabajo en la construcción: entre 700 y 900 kyats diarios
- Trabajo asalariado en la agricultura: alrededor de 1.000 kyats diarios
- Trabajador calificado en una empresa privada: alrededor de 50.000 kyats mensuales
- Maestro: entre 3.000 y 5.000 kyats mensuales (según la antigüedad)
- Profesor de secundario: entre 6.000 y 8.000 kyats mensuales
- Profesor particular de idiomas (de alta calidad): de 20 a 25.000 kyats por 18 horas mensuales
- Médico en un hospital público: de 8.000 a 15.000 kyats mensuales
- Médico en un hospital privado: entre 100.000 y 300.000 kyats mensuales
- Chofer de *rickshaw* (ndt: calesa de dos ruedas tirada por un hombre): entre 500 y 900 kyats diarios
- Chofer de moto-taxi: alrededor de 1.000 kyats diarios
- Guía turístico: de 15.000 a 20.000 kyats por día en inglés, alrededor de 30.000 por idiomas menos usuales

He aquí algunos ejemplos de precios vistos en marzo de 2003 en artículos de primera necesidad:

- 1 kilo de cerdo o de pollo: 1.250 kyats
- 1 kilo de aceite para cocinar: 1.400 kyats
- 1 kilo de cebollas: 125 kyats
- 1 kilo de sal: 125 kyats
- 1 huevo: de 15 a 20 kyats en las provincias fronterizas, 40 kyats en Rangún
- 1 kilo de arroz: de 200 a 400 kyats (según la calidad del arroz)

Preguntamos a numerosos birmanos cuánto estiman que se necesita por mes para alimentarse modestamente. Las respuestas oscilan entre 10.000 y 20.000 kyats mensuales, cifra que se debe multiplicar por la cantidad de bocas para alimentar en cada familia. Como en una familia birmana hay un promedio de 5 niños, los padres deberían ganar entre 50.000 y 100.000 kyats mensuales para poder dar de comer adecuadamente a sus familias.

Comparando ese monto con los ingresos mencionados anteriormente, se comprende mejor la enormidad de las dificultades que tienen las familias birmanas, sin contar que además hace falta vestirse, pagar las matrículas escolares (véase el capítulo "Educación"), los eventuales gastos de atención médica, etc.

En cuanto a los gastos médicos, para dar una idea, los birmanos nos dicen que hay que pensar en unos 1.000 a 2.000 kyats por la consulta a un médico

particular y algunos medicamentos (de calidad variable) o una inyección. Una familia de Onbngwin (División de Tenasserim) tuvo que gastar 25.000 kyats por un parto en un hospital público. Un diplomático con sede en Rangún estima que se necesitan por lo menos 80.000 kyats para un parto en un hospital privado. En lo concerniente a las operaciones, el mismo diplomático nos dice que los birmanos tienen que pagar por lo menos 150.000 kyats en un hospital privado (y más aún si se trata de una operación complicada), un estudiante de Rangún nos contó que su padre tuvo que pagar 700.000 kyats en un hospital privado para que le extrajeran cálculos renales.

Una encuesta que se hizo en 1997 mostró que un 30 por ciento de los gastos de la familia se destina a la alimentación, un octavo a los gastos de atención médica y un noveno a la educación, rubro situado mucho después de otro como ropa, caridad y ceremonias religiosas. Los gastos por persona de una familia en concepto de atención médica y educación resultaron equivalentes, a pesar de todo, a cinco veces lo que destina el gobierno a los mismos.

Alrededor del 70 por ciento de la población birmana vive en las regiones rurales. Allí se encuentra la mayor parte de las minorías étnicas (karens, karennis, shans, mons, etc.). Para su supervivencia, esas poblaciones rurales se dedican principalmente a la agricultura y a la cría de animales en pequeña escala. Muchas de esas personas viven sumidas en la pobreza y el 70 por ciento de los ingresos de las familias se destinan a pagar los alimentos. El acceso a la atención médica de calidad, a la educación y a otros servicios sociales es muchísimo menor que en los centros urbanos y varía mucho de una región a otra, siendo las regiones fronterizas las que están en peor situación. El resto de la población vive en las ciudades (Rangún, Mandalay, etc.), donde una pequeña cantidad de ricos se codea con la gran masa de pobres, para quienes la supervivencia es una lucha cotidiana. Estos últimos, generalmente no disponen de instalaciones sanitarias convenientes, ni tampoco de agua potable o electricidad.

A lo largo y a lo ancho del país, el gobierno impone también a los campesinos que le vendan una parte de sus cosechas a un precio netamente inferior al del mercado. Los cupos de productos que se deben vender siguiendo ese sistema se establecen antes de la cosecha misma. Entonces, si un acre (0,4 hectárea) de arrozal puede producir entre 30 y 40 canastos de arroz (1 canasto de arroz pesa unos 23 kg) por cosecha, el SPDC exige que se le vendan 10 ó 12, a un precio entre 5 y 10 veces inferior al del arroz en el mercado. Se supone que de esta manera el gobierno forma reservas de alimentos para distribuir en caso de penuria pero diversos testigos han visto camiones cargados de arroz cruzando las fronteras de Birmania, principalmente hacia Bangladesh, y suponen que el régimen exporta una parte de las reservas a pesar de que en casi todo el país la población no tiene suficiente arroz para saciar su hambre.

Este año se mantuvo el injusto sistema de venta de cupos a precio reducido, a pesar de que las inundaciones de octubre y noviembre de 2002, a las que

le siguieron cinco días de lluvia ininterrumpida en enero de 2003, hicieron que mermaran mucho las cantidades cosechadas. *“Esas inundaciones también se produjeron en otros países, como Tailandia, pero allí el gobierno intervino para ayudar a las poblaciones afectadas, subraya Maung Maung, el Secretario General de la FTUB (Federation of Trade Unions-Burma), un sindicato birmano que opera desde el extranjero. En Birmania no sucede nada de eso, muy por el contrario: los soldados golpean cruelmente a ciertos campesinos porque no pueden venderles el cupo fijado de antemano. ¿Qué pueden hacer esos campesinos indefensos cuyas cosechas fueron destruidas por las inundaciones? Están aterrados ya que si no venden al gobierno el cupo correspondiente, corren el riesgo de perder el derecho de explotar su tierra. Es un sistema idiota, actúan como si las cosechas de los agricultores se pudieran programar igual que una producción industrial.”* Este año, mientras los altos dignatarios del SPDC se hartaban con opíparas comidas, los campesinos tuvieron que pedir dinero prestado para comprar el arroz que luego se ven obligados a revender al gobierno para cumplir con sus cupos.

LA SITUACIÓN DE LOS NIÑOS EN BIRMANIA

1) LA EDUCACIÓN

La población birmana otorga gran importancia a la educación. La junta militar hace exactamente lo contrario: impuso incesantemente múltiples obstáculos al buen funcionamiento del sistema educativo birmano, sobre todo desde las manifestaciones pro democráticas de 1988, reprimidas sangrientamente y donde los estudiantes desempeñaron un papel protagónico. Según la propaganda estatal, la política del gobierno consiste en brindar enseñanza gratuita para todos los niños (cosa que, por otra parte, está estipulada por ley) pero, en la práctica, los padres pagan la mayor parte de los costos de construcción, mantenimiento y equipamiento de los establecimientos escolares, además de los útiles escolares, los uniformes y los sueldos de los docentes. Esto es aún más marcado en el caso de las regiones rurales.

El gobierno birmano destina 7 veces menos a la educación que al ejército, a pesar de que el país no sufre ninguna amenaza exterior (en 1998-99 se destinaba a la educación el 6,98 por ciento del presupuesto estatal y a la defensa el 49,93 por ciento). En esas condiciones, no pueden esperarse milagros: la red de educación pública de Birmania es una de las que tiene menor cantidad de alumnos y peor calidad de Asia. Las cifras gubernamentales anuncian que menos del 55 por ciento de los niños inscritos en una escuela terminan el nivel primario y que en 1999, solamente iba a la escuela el 75 por ciento de los niños de 5 a 9 años, 35 por ciento de los 10-13 años y apenas 26 por ciento de los de 14-15 años (en este momento los porcentajes son similares). 750.000 niños birmanos abandonan anualmente la escuela primaria, 630.000 de ellos en las regiones rurales (Fuente: UNICEF Myanmar, *Children and Women in Myanmar. Situation Assessment and Analysis*, abril de 2001).

Infraestructuras y calidad de la enseñanza

En el país hay unas 39.000 escuelas primarias administradas por el Estado, es decir, aproximadamente una cada dos aldeas. Solamente el 46 por ciento de ellas está dotada de instalaciones sanitarias y el 17 por ciento cuenta con aprovisionamiento de agua potable. La distancia entre los pueblos y las escuelas varía mucho de una región a otra, como así también la calidad de la infraestructura escolar. La UNESCO estima que existen alrededor de 2.000 aldeas situadas a más de 3 kilómetros de una escuela. En las regiones montañosas, donde los medios de comunicación son prácticamente inexistentes, eso puede significar caminatas de varias horas. Las dificultades de las escuelas secundarias son aún mayores, habiendo menos de 3.000 en todo el país.

La cantidad de escuelas no es suficiente pero tampoco lo es la calidad de la infraestructura escolar ni la calidad de la enseñanza que se imparte. El

UNICEF señala que según una encuesta realizada por el Ministerio de Educación, el PNUD y la UNESCO, el 57 por ciento de las escuelas tiene demasiados alumnos con respecto a la infraestructura. La situación no es mejor en lo concerniente a los manuales escolares: muchas veces las escuelas utilizan manuales que datan de los años cincuenta o sesenta porque el gobierno no los actualiza o no distribuye otros más nuevos.

La formación de los docentes tampoco es buena, una vez más porque el gobierno no invierte fondos suficientes en ese ámbito. El 35 por ciento de los docentes no se ha graduado. Como ejemplo, se supone que los maestros de una escuela primaria que visitamos en Rangún deben enseñar inglés pero hablando con ellos no pudimos pasar en la conversación del convencional *Hello, how are you? Fine, thank you* (Hola, ¿cómo está? Bien, gracias.) y no porque tuvieran miedo de charlar con extranjeros sino porque sus conocimientos de inglés son puramente teóricos. *“Se limitan a leer los manuales en voz alta -nos dice un profesor particular de idiomas extranjeros- y lo hacen con tan mala pronunciación que en las escuelas civiles de Birmania la enseñanza de idiomas no sirve para nada, cuando hace cincuenta años éramos de los mejores en ese ámbito.”*

Costos exorbitantes para los padres

El éxito en los exámenes no depende tanto de cuánto se estudie como del dinero que tengan los padres de los alumnos. En efecto, además de los uniformes y de los útiles escolares, los alumnos tienen que contribuir para pagar el sueldo de los docentes: los maestros ganan nada más que unos 5 dólares por mes, los profesores de secundario entre 6 y 8. Ahora bien, en Birmania para alimentar a una familia se necesitan como mínimo entre 50 y 100 dólares (según la cantidad de miembros que tenga la familia y la calidad de los alimentos), sin contar los demás gastos. La mayoría de los maestros y profesores enseñan entonces muy brevemente la teoría durante las horas normales de clase para obligar a los alumnos a asistir a sus clases nocturnas, que cuestan entre 2 y 6 dólares mensuales por materia y por alumno (en función del nivel escolar y el tipo de materia). Esas clases se imparten en la casa del docente o de un alumno. Es allí cuando los alumnos pueden hacer preguntas y ejercicios. Los padres eligen generalmente entre 4 y 6 materias de las más importantes. Quienes pueden pagarse esas clases tienen muchas mayores posibilidades de aprobar los exámenes, ya sea porque se ven favorecidos por los docentes o porque comprendieron mejor el contenido de las materias. Los birmanos que entrevistamos en el país estiman que entre el 50 y el 80 por ciento de los alumnos va a clases particulares. Los niños que no pueden pagarlas se sienten discriminados con respecto a los otros y corren el riesgo de perder la motivación.

Una maestra de Rangún –con la condición de conservar el anonimato- nos cuenta lo que sucede en su escuela: *“En mi escuela primaria, cuyo nivel es correcto, los alumnos necesitan un promedio de entre 15.000 y 30.000 kyats (entre 15 y 30 dólares) mensuales para ir a clase, comprendido el material*

escolar y las clases particulares. Sé que es demasiado para la mayoría de los padres, sobre todo cuando tienen varios hijos. No me gusta tener que obligar a los alumnos a venir a mis clases particulares, pero no me queda más alternativa: tengo diez años de antigüedad y gano nada más que 5.000 kyats por mes (eran 3.000 al comienzo de mi carrera pero entonces el kyat valía más). Cuando me jubile cobraré nada más que 1.500 kyats de jubilación. El alquiler de mi casa es de 28.000 kyats mensuales, tengo que pagar 52 kyats por día para ir y venir en autobús de la escuela, además de la comida, la ropa, etc. Para poder sobrevivir, tengo entonces que incitar a mis alumnos a venir a clases particulares. La escuela comienza a las 9 y termina a las 15,30, de lunes a viernes. De 15,30 a 16,30, doy una primera serie de clases “particulares” en el aula, que cuestan 1.000 kyats al mes. De los 30 alumnos, asisten unos 20. Más tarde, de 17 a 18,30, en mi casa, doy otras clases particulares, más intensivas, a las que asisten unos 12 chicos que pagan 4.000 kyats mensuales cada uno, por tres días a la semana. Debo imponer este tipo de sistema para poder sobrevivir pero me da pena ver que no todos mis alumnos tienen las mismas oportunidades ya que no todos pueden pagar las clases particulares.”

La situación es todavía peor en las zonas rurales, donde los padres necesitan que sus hijos los ayuden en las cosechas o cuidando a los niños de corta edad. La decadencia del sistema educativo origina a veces situaciones absurdas, como explica una señora de 52 años que vive en el estado de Shan: *“En mi pueblo, como no hay suficientes docentes, la escuela cierra a menudo. Los docentes ganan 4.800 kyats mensuales. Por supuesto que eso no es suficiente y en la estación de lluvias se van a trabajar en sus propios campos. Los padres de los alumnos prefieren entonces que los niños también los ayuden en sus propios campos y cuando vuelve el maestro a la escuela... ¡no tiene alumnos!”* Un opositor político que entrevistamos en Ragún, nos señaló que en las zonas rurales a veces al maestro le toma tres o cuatro días ir a la ciudad más cercana a cobrar su salario... durante ese tiempo, es evidente que no da clase.

En general, los padres de los alumnos también tienen que pagar toda una serie de cosas a comienzos del año escolar: los manuales, los cuadernos, el uniforme, la limpieza de la escuela, algún eventual equipo de informática, las hojas en las que se hacen los exámenes, las actividades deportivas, etc. Ciertas escuelas exigen asimismo una contribución para el equipamiento de informática, aunque no siempre se lo compra e inclusive hay casos en que ¡la escuela ni siquiera tiene electricidad o ningún docente sabe utilizar una computadora! A veces, hombres de negocios acomodados patrocinan la compra de computadoras para una escuela pero posteriormente surgen los mismos problemas con respecto a su utilización. Las sumas que se pagan a comienzos del año generalmente no alcanzan porque el gobierno no proporciona suficientes manuales ni cuadernos. Los padres tienen entonces que volver a comprarlos durante el año. El costo de una serie de manuales para un año escolar es de casi 1 dólar en la primaria y de 2 dólares en el secundario. Un par de uniformes cuesta unos 3 dólares.

Muchísimos son los casos de alumnos acaudalados que pueden también comprar por adelantado las preguntas que se harán en los exámenes, o conseguir la “benevolencia” de los docentes cuando los califican.

Motivación de los padres

Los padres birmanos siempre tuvieron la educación en gran estima pero todo tiene sus límites. Algunos padres tienen dos empleos (por ejemplo, empleado durante el día y chofer de taxi por la noche) para que sus hijos puedan estudiar pero las cosas se dificultan mucho cuando los niños son muchos, tanto más cuanto que las perspectivas de encontrar empleo luego de haberse graduado no son brillantes. Muchas personas que cursaron estudios no encontraron luego trabajo relacionado con lo que habían estudiado. En las regiones donde viven las minorías étnicas, asoladas por la guerra desde hace décadas, los padres que nunca tuvieron ocasión de ir a la escuela no se dan cuenta de la importancia que la misma tiene en el desarrollo del niño.

El problema del idioma de la escolaridad

En las regiones donde viven las etnias no birmanas, el idioma que se utiliza en la escuela es un gran problema puesto que se trata del birmano y muchos niños no lo comprenden. Esta manera de querer imponer el idioma birmano irrita a las poblaciones étnicas y la imposibilidad de comunicarse agrava la falta de motivación de los docentes enviados por Rangún a esos pueblos. *“Se quedan solamente unas semanas, después se vuelven a sus casas, explica una karen refugiada en Tailandia. Para quienes siempre vivieron en una ciudad es muy duro encontrarse perdido en las aldeas, lejos de sus familias, sin poder hablar casi con nadie porque el idioma es completamente distinto.”*

Control de los alumnos

El SPDC utiliza todos los medios a su alcance para acabar con la más mínima protesta de los alumnos y estudiantes. Los docentes tienen que procurar que sus alumnos no participen en actividades antimilitares. Los libros escolares, al igual que toda la literatura y los medios de comunicación birmanos, son sometidos a la censura de la junta, se denigra la historia de las poblaciones étnicas en bien de la “birmanización”. El régimen fomenta asimismo que los alumnos se hagan miembros de una asociación que el ejército respalda -la Union Solidarity and Development Association-, que participen en distintas actividades que organizan los militares (deportivas y otras), que canten y bailen para los militares de alto rango cuando éstos efectúan visitas a las escuelas. Los alumnos que cumplieron todos sus deberes con el régimen reciben puntos suplementarios en los exámenes.

La especial situación de las personas desplazadas

Según distintas fuentes, las personas desplazadas en el interior del país (PDIP) serían entre 600.000 y 1 millón. La gran mayoría de ellas fueron obligadas a abandonar sus pueblos por las tropas del SPDC, que buscan así vaciar y controlar zonas habitadas por grupos étnicos considerados hostiles al gobierno de Rangún. Los desplazamientos forzosos generalmente tienen lugar de la siguiente manera: los soldados dan a la población de una aldea una semana para mudarse por sus propios medios a otro lugar. Con frecuencia el mismo está situado cerca de un destacamento militar (donde los aldeanos se verán obligados a efectuar trabajo forzoso) y consiste en una extensión de terreno sin el más mínimo edificio. Son raros los lugares de reasentamiento que disponen de infraestructuras escolares o médicas y las personas desplazadas no pueden alejarse de ellos sin escolta militar. Una vez transcurrido ese plazo de una semana, los soldados se apoderan de los bienes que los aldeanos dejaron tras de sí y destruyen sus casas y sus cultivos para disuadirlos de volver.

Gran cantidad de víctimas de los desplazamientos forzosos intentan escapar de la vida en los reasentamientos refugiándose en la jungla, donde tienen que cambiar constantemente de lugar para evitar que los encuentren los soldados del gobierno. Nadie puede saber con exactitud cuántos son pero organizaciones no gubernamentales bien informadas hablan de 120.000 refugiados en la jungla de la etnia karen, a quienes se deben agregar otros grupos como los compuestos por karenis, shans, mons y rohingyas. Por supuesto, las condiciones de vida en la jungla son muy duras pero ciertos aldeanos consiguen inclusive hacer funcionar escuelitas que trasladan consigo en sus desplazamientos. Piden a quienes tienen más instrucción que enseñen a los niños algunas nociones básicas y el alfabeto. Diversas organizaciones no gubernamentales y también sindicatos birmanos en exilio envían a valerosos militantes a través de esas junglas con bolsas repletas de medicamentos y de útiles escolares para entregar a las personas desplazadas. Esas *jungle schools* (escuelas de la jungla), como las denominan los birmanos, demuestran la voluntad de ese pueblo de brindar a sus hijos un mínimo de instrucción, inclusive en las circunstancias más extremas.

Escuelas para los hijos de militares

Además de las escuelas para los civiles, el SPDC creó una red de enseñanza primaria y secundaria reservada a los hijos de militares de alto rango. Esas escuelas, bien provistas de material escolar, ofrecen una serie de ventajas, como cursos de informática, viajes de estudios, etc. Las mejores de ellas cobran matrículas de inscripción demasiado altas para el birmano común (entre 100 y 200 dólares anuales, según la ABSFU – All Burma Federation of Students Unions, una asociación de estudiantes con sede en Tailandia). La enseñanza que allí se imparte presenta al ejército como el “salvador” de la nación, un salvador al que hay que obedecer siempre, sin emitir la más mínima crítica... Tras haber cursado sus estudios en ese tipo de escuelas, a veces los hijos de los militares de más alto rango pueden ir a estudiar al extranjero.

Algunas alternativas a las escuelas gubernamentales

Fuera de la red oficial del gobierno existen algunas posibilidades para estudiar, por ejemplo, las escuelas monásticas, destinadas a los alumnos cuyos padres no pueden costear otras escuelas. El UNICEF estima que hay unas 1.500 de ellas reconocidas oficialmente por el gobierno y que la cantidad de alumnos sería de unos 93.000. Tienen el mismo programa de clases que las escuelas gubernamentales.

Las comunidades que viven en pueblos carentes de establecimientos escolares gubernamentales intentan crear sus propias escuelas primarias, pagando ellas mismas los sueldos de los docentes (a menudo algunas bolsas de arroz) y costeadando la construcción de edificios, el mantenimiento de los mismos, etc. Esas escuelas a veces reciben la ayuda de alguna ONG extranjera o de birmanos exilados en el extranjero, que contribuyen con dinero o haciendo llegar material escolar. No obstante, esas escuelas son pocas y generalmente los diplomas que otorgan no están reconocidos ni por el gobierno ni por las escuelas secundarias gubernamentales, con lo que las perspectivas de futuro de sus alumnos son escasas. Por falta de medios, muchas de ellas no van muchos más allá del nivel de alfabetización de los alumnos. A veces los mismos docentes han ido nada más que hasta sexto grado de la escuela primaria pero ponen mucho empeño en procurar transmitir a los niños los pocos conocimientos que recibieron. Contrariamente a los docentes de las escuelas gubernamentales, enseñan en el idioma de las etnias correspondientes, lo que irrita en gran medida al SPDC. Los militares combaten la existencia de esas escuelas mantenidas por los mismos habitantes y las destruyen en cuanto saben donde están.

Estudios terciarios

Los estudiantes de las universidades desempeñaron un importante papel en las manifestaciones de 1988, en las que se reclamaba el restablecimiento de la democracia. Desde entonces los generales del SPDC les tienen mucho miedo e hicieron todo lo posible por impedir que las universidades civiles funcionen normalmente. Entre 1988 y 2000, esas universidades civiles (no militares) estuvieron abiertas nada más que durante 40 meses, es decir, unos 3 meses y medio al año. Se redujo considerablemente el contenido de los cursos (unos dos tercios), lo que hace que se cuestione mucho el valor de los diplomas. Cerca de Rangún nos encontramos con dos médicos –egresados poco tiempo antes de la universidad- que no tenían la menor idea de la manera en que se transmite el SIDA. Estaban convencidos de que podían contraerlo acercándose a una persona portadora del virus (lo que, por supuesto, es completamente erróneo). Se supone que se imparte información sobre el SIDA en los cursos de medicina pero nada garantiza que los exámenes tengan lugar de manera normal, es decir, sin que se haya comprado la benevolencia del profesor. En efecto, en el momento de los exámenes son muy apreciados los “regalitos” de los estudiantes e inclusive indispensables en ciertas materias si se desea poder recibirse.

En esas condiciones, muchas empresas ya no confían en los jóvenes graduados de las universidades birmanas. Éstos se ven entonces obligados a trabajar en reparticiones públicas, con salarios míseros, o a hacer trabajitos que no tienen nada que ver con lo que estudiaron. Esta situación hace que los jóvenes birmanos no estén precisamente muy dispuestos a invertir tiempo y dinero en estudiar. *“Mi secretaria es abogada -señala un diplomático de Rangún-, pero no se puede esperar que sepa mucho más de contestar el teléfono y hacer fotocopias.”* Birmania es casi el único país del mundo donde resulta prácticamente imposible conectarse a Internet (a menos de pertenecer a la camarilla del poder), lo que no facilita las cosas para los jóvenes graduados que quisieran mejorar sus conocimientos.

Si bien se supone que actualmente se han vuelto a abrir las universidades, faltan profesores en las carreras de ciencias e idiomas extranjeros porque éstos prefieren trabajar en el ámbito privado, donde las personas calificadas pueden ganar salarios decentes. Algunos estudiantes de Rangún nos dicen que un profesor universitario ganaría alrededor de 20.000 kyats (20 dólares) mensuales. Otro motivo de desaliento para los estudiantes: la junta no permite realmente que los jóvenes elijan la carrera que van a seguir. El sistema instaurado hace que quienes sacan las mejores notas al término del secundario vayan a las universidades de medicina o ingeniería y que los demás se repartan entre las disciplinas restantes.

Por temor de que surjan nuevos focos de protesta, la dictadura situó las distintas facultades en lugares muy apartados entre sí y a veces muy alejados de los centros urbanos, a pesar de que no hay alojamientos que los estudiantes puedan pagar. Éstos pierden entonces mucho tiempo desplazándose. *“Me lleva cuatro horas ir y venir a la facultad desde el centro de Rangún, explica un estudiante de ciencias. Si tuviera que ir todos los días, me costaría 2.000 kyats (2 dólares) mensuales en pasajes de autobús pero tengo que ir nada más que una vez por semana porque las clases son muy irregulares. A la mayoría de nosotros nos conviene más estudiar en casa, con amigos, o intentar encontrar algún trabajito en el área de nuestros estudios para aprender de personas con experiencia.”* En los predios de las facultades se construyeron oficinas regionales del ejército.

Como ocurre en el caso de la enseñanza primaria y secundaria, los hijos de militares pueden inscribirse en las universidades o en institutos superiores militares y los más afortunados pueden ir a estudiar al extranjero. Esos establecimientos militares siguieron abiertos cuando la junta cerró las universidades civiles y están relativamente bien provistos de material. Los hijos de padres considerados opositores al SPDC no pueden ni soñar con estudiar en esos institutos militares. En cuanto a los hijos de civiles que no hacen política, podrían ser aceptados en esos establecimientos con la condición de cumplimentar un trámite muy estricto que comprende, entre otras cosas, recomendaciones de empleados del gobierno (con lo que estos últimos pueden percibir algunos sobornos). Los aspirantes deben asimismo

prometer que no harán política y que servirán en el ejército. Quienes reúnen todos esos requisitos tienen posibilidades de ser aceptados y de poder estudiar en condiciones relativamente aceptables. Muchos jóvenes estudiantes son así llevados al radio de influencia del ejército, aun cuando las perspectivas de carrera que brindan esos estudios son muy inferiores a las de otros países asiáticos.

Dadas las dificultades que el gobierno impone a las universidades civiles y las restricciones para inscribirse en los institutos militares, algunos estudiantes se inscriben en cursos universitarios por correspondencia los cuales, por supuesto, no incluyen la posibilidad de un aprendizaje activo. Diversas universidades birmanas tienen ese tipo de cursos por correspondencia, que cuestan menos que todo un año universitario.

Igualdad entre varones y chicas

Como ocurre en la mayoría de los países en desarrollo, los padres que no pueden pagar los estudios de todos sus hijos optarán por hacer estudiar a los varones y harán que las chicas se queden en casa ocupándose de las tareas domésticas. *“En Birmania, todas las mujeres aprenden una frase de memoria: ‘Serve your husband as a god, your son as a master’ (Sirve a tu marido como si fuera un dios, a tu hijo como un amo), explica una estudiante birmana refugiada en Tailandia. Antes de venir a Tailandia, nunca había escuchado hablar de derechos humanos ni de derechos de la mujer. Creía que servir a los hombres de la familia era algo normal.”*

En los niveles de la enseñanza terciaria, la cantidad de chicas que abandonan los estudios es el doble que la de varones. Esta discriminación, de por sí condenable, perjudica a toda la sociedad porque, como se sabe, la calidad de la atención que una madre da a su hijo aumenta paralelamente al nivel de instrucción recibido.

2) EL TRABAJO INFANTIL

En la difícilísima situación económica originada por la política de la dictadura militar, con los ingresos de los adultos la mayoría de las familias no tiene suficiente para sobrevivir. La sociedad birmana siempre hizo hacer algunas tareas a los niños, como ayudar a los padres en las cosechas, ir a buscar agua a la fuente, ocuparse de los hermanos y hermanas más pequeños, etc. Sin embargo, en el contexto actual, muchos niños no tienen la menor ocasión de ir a la escuela y entran al mercado laboral ya a los 10 años de edad. La gran mayoría de ellos entregan a sus padres lo que ganan.

El gobierno birmano no hace nada realmente para combatir el trabajo infantil ni siquiera las peores formas del mismo, que están muy difundidas en ese país. Por otra parte, Birmania ni siquiera ratificó el Convenio núm. 138 de la OIT sobre la edad mínima ni el Convenio núm. 182 sobre las peores formas

de trabajo infantil. En cambio, en 1991 ratificó en cambio la Convención sobre los Derechos del Niño.

Los principales sectores donde se encuentra trabajo infantil en Birmania son los siguientes (la lista no es exhaustiva y las tareas no están clasificadas en función de la cantidad de niños que las desempeñan):

1) Agricultura y pesca: El 70 por ciento de la población birmana vive en zonas rurales, donde casi todos los habitantes se dedican a la agricultura y/o cría de ganado. Es raro que los niños no ayuden a los padres en el campo o cuidando los animales. Lo mismo sucede en las familias de pescadores. El nivel de participación en las tareas varía de una familia a otra, en función de los ingresos, de la proximidad de una escuela, de la motivación de los padres con respecto a los estudios, etc. Esa participación aumenta además cuando las tropas del SPDC requisan a los hombres para hacerlos efectuar trabajo forzoso.

2) El ejército: Es habitual que el ejército birmano reclute a niños por la fuerza. Según un informe de la organización de defensa de derechos humanos Human Rights Watch publicado en 2002 (véase en Internet la dirección: <http://hrw.org/reports/2002/burma/Burma0902.pdf>), Birmania cuenta con la mayor cantidad de niños soldados del mundo; alrededor del 20 por ciento de los efectivos del Tatmadaw (nombre del ejército birmano) está compuesto por menores de 18 años. Los encargados de reclutar soldados se llevan a chicos de apenas 11 ó 12 años cuando están solos en las paradas de autobuses o de trenes o en otros lugares. A menudo esas personas que se ocupan de reclutar niños son soldados rasos que prometen a los niños un buen salario, una vida fácil... o la cárcel si se niegan a ir con ellos. Por cada niño que consiguen perciben una suma de dinero y/o alimentos. Buscan a los chicos de menor edad porque son más fáciles de convencer que los adolescentes.

En general se corta todo contacto con los padres porque los militares no les permiten prevenirlos. A veces los padres encuentran la pista de sus hijos en uno u otro centro de capacitación del ejército pero no pueden recuperarlos. Los soldados, sea cual fuere su edad, son golpeados duramente si intentan escaparse, a veces a muerte. *“Vi en el ejército a chicos de 13 ó 14 años, explica un ex porteador refugiado en el norte de Tailandia. Un día pude hablar con uno de ellos y se puso a llorar al contarme su historia: Fue reclutado por la fuerza, no se previno siquiera a sus padres, que no saben dónde está. Los niños soldados tienen que acarrear armas demasiado pesadas para ellos, recorrer a pie larguísimas distancias y si no pueden aguantar el ritmo, los oficiales los golpean. Los soldados nos golpeaban a menudo, inclusive los niños, pero no les guardo realmente rencor, es culpa de sus superiores.”*

Los generales del SPDC deben ser los únicos birmanos que no se dan cuenta (no quieren darse cuenta) del problema de los niños soldados (niegan su existencia) y, por lo tanto, no reconocen que la vida militar destruye la juventud y el futuro de los niños soldados. *“Era demasiado duro y terminé por*

desertar, cuenta Nay, refugiado en Tailandia que fue obligado a hacerse soldado a los 13 años de edad. Los oficiales nos golpeaban por cualquier motivo, sobre todo cuando habían bebido. No nos pagaban casi nada ni nos dejaban ponernos en contacto con nuestros padres. Teníamos que maltratar a los aldeanos obligándolos a hacer trabajo forzoso y golpearlos si no lo hacían bien. Además, por la noche, en las barracas, solían escucharse los gritos de una u otra persona a quien estaban torturando. A veces había combates con los ejércitos étnicos. Estaba aterrado. Todavía ahora tengo pesadillas. Veo las imágenes y escucho los sonidos de todos esos horrores.”

3) Sector de suministro de comidas: Los *tea-shops* (pequeños establecimientos que sirven té, en las aceras o en un salón) y los pequeños restaurantes emplean a gran cantidad de niños. Cuando esos establecimientos están situados en el centro de las ciudades, a menudo emplean a niños procedentes de aldeas o de barrios marginales. A los birmanos les gusta mucho ir a sentarse en las sillitas de las terrazas de los salones de té. Noche y día se agolpan allí para aliviar algo las tensiones... noche y día son niños los que sirven. *“Me fui de mi aldea porque mis padres no podían mantenerme, explica Myo, camarero de un salón de té del centro de Rangún que, con sus 13 años de edad aparenta tener nada más que 8. Trabajo aquí todos los días, de las 12 a las 18 horas o de las 17 hasta las 2 de la mañana. Gano 3.500 kyats por mes (alrededor de 3,5 dólares), el propietario me da casa y comida. Espero ahorrar lo suficiente para comprarme un día mi propio salón de té y dar empleo a otras personas.”* Si hasta entonces nada cambia en Birmania, seguramente esas personas también serán niños: dentro del contexto económico creado por la mala gestión de los militares, la mayoría de los birmanos considera normal que los niños trabajen.

Myo tiene todavía la suerte de no tener que trabajar “nada más que” seis horas por día y en un entorno poco peligroso. En un salón de té situado frente a la tristemente célebre cárcel de Insein, por la cual pasan numerosos presos políticos, trabaja todos los días un camarero de 14 años, de 6 a 23 horas, por 4.500 kyats por mes. *“No tengo opción: mi padre falleció, tengo tres hermanos y hermanas, mi madre no puede alimentarnos a todos si no trabajamos”*, nos explica.

4) El trabajo doméstico: En las ciudades birmanas, muchos de los puestos de trabajo de domésticos están ocupados por niños procedentes de aldeas. A algunos los buscan intermediarios que se mueven en las zonas rurales pidiendo a los padres que les entreguen los niños a su cuidado, sobre todo en el norte.

5) Las fábricas: En Birmania hay pocas empresas pero en la mayoría de ella no se presta gran atención a la edad de los trabajadores que emplean, sobre todo cuando no producen directamente para la exportación. El hecho de que los sindicatos estén prohibidos, la laxitud del derecho laboral y la ausencia casi total de inspecciones del trabajo dan muchas libertades a los empleadores, que no dejan de aprovecharlas. En una fábrica de vidrio de los alrededores de Rangún, los niños comienzan a trabajar a partir de los 14

años de edad cobrando 300 kyats (alrededor de 0,3 dólar) diarios, sin que se les provea del más mínimo material de protección, aunque manipulan vidrio fundido todo el día. En ese mismo taller, las mujeres se reincorporan al trabajo pocos días después de haber dado a luz y se llevan consigo a sus bebés. Para poder vigilarlos, los colocan a algunos metros de los hornos, en medio del calor y el polvo.

6) Los “negocitos”: Las calles de los centros urbanos están llenas de pequeños negocios ubicados en las mismas aceras: ropa, alimentos, equipos eléctricos, etc. Numerosos niños prestan allí ayuda a sus padres o están inclusive a cargo de los negocios por cuenta de sus familias. Se ve también a niños de muy corta edad vendiendo recuerdos o comida en las ciudades y en los lugares turísticos cuando tendrían que estar en la escuela.

7) La construcción y las minas: Al igual que ocurre en las fábricas, la falta casi total de control por parte de las autoridades deja vía libre a los empleadores, que utilizan a los niños en la construcción y en las minas. No obstante, dado que no son fuertes, resultan menos convenientes para ese tipo de tareas. Según ciertos testimonios (no confirmados), los empleadores de esos sectores los tomarían sobre todo para que ayuden a sus padres, a su vez empleados de ellos.

8) La explotación sexual de los menores con fines comerciales: Aún no parece estar muy difundida en Birmania pero, según la sección birmana del UNICEF, algunas prostitutas de Rangún declaran haber comenzado esa actividad a los 12 años. Como ocurre en muchos países, en Birmania la prostitución es ilegal pero no inusual.

3) EL TRABAJO FORZOSO DE MENORES

No pasa un solo día en Birmania sin que los militares obliguen a varios centenares de miles de hombres, mujeres, niños y personas de edad a trabajar contra su voluntad, generalmente sin pagarles salario alguno. Ese trabajo forzoso adopta formas diversas: construcción y mantenimiento de rutas y de vías férreas, trabajo de mensajero para las tropas, trabajo en los campos confiscados por el ejército a los campesinos, etc. En la mayoría de los casos, los trabajadores forzosos tienen que llevarse su propio equipo y comida. La forma más temida de trabajo forzoso es la de porteador para el ejército, tarea que consiste en llevar pesadas cargas de municiones y mercadería durante largas horas de marcha en las colinas, a veces atravesando zonas de combates. Los porteadores hambrientos, a quienes se golpea e inclusive se mata si no pueden seguir el ritmo de la marcha o si intentan escaparse, también tienen que caminar frente a los soldados cuando hay riesgo de encontrar minas antipersonales y a veces se los utiliza como escudos humanos cuando hay tiroteos.

Se necesitaron años para que la junta militar reconociera la existencia de trabajo forzoso pero ésta afirma ahora que el mismo se lleva a cabo “contra su voluntad”.

El SPDC (nombre oficial de la junta) sostiene que emite órdenes para poner término a la utilización de trabajo forzoso pero que no “siempre” consigue hacerla aplicar por los militares de más bajo rango. *“Cuando una delegación de la OIT estuvo en Birmania, el SPDC había instaurado un plan detallado para que se informara a cada aldea sobre la posible llegada de la delegación, explica Maung Maung, Secretario General de la FTUB. Los habitantes sabían que tenían que contestar ‘no’ si los extranjeros les preguntaban sobre la existencia de trabajo forzoso. Nada impide a la junta llevar a cabo el mismo tipo de campaña de información con respecto a las órdenes exigiendo que termine el trabajo forzoso pero, en realidad, no tiene intención de aplicarlas. Solamente quiere hacer creer a la comunidad internacional que se está ocupando del problema. Son muy raros los casos de militares castigados por haber utilizado trabajo forzoso de civiles.”*

Las mujeres y niños también son sometidos a ese tipo de trabajo, aun cuando se busca sobre todo hombres. *“Cuando llegan a mi aldea órdenes de requisa de trabajo forzoso, organizamos una rotación entre las familias para que no sean siempre las mismas las que tengan que mandar trabajadores, explica una mujer shan refugiada en Tailandia. Pero cuando las órdenes llegan durante la época de cosecha, es posible que los padres se vean obligados a trabajar en el campo si quieren tener algo para comer durante los meses siguientes y entonces mandan a sus hijos en su lugar a trabajar para el SPDC. Lo mismo sucede cuando el padre ha muerto: la madre no puede dejar solos a sus hijos en la casa y se ve obligada a mandar a su hijo mayor. A veces se nos ordena enviar una persona por familia.”* Como el plazo para enviar los trabajadores forzosos es muy breve, a veces las madres no tienen tiempo para llamar a sus maridos que están trabajando en el campo lejos de la casa y se ven obligadas a enviar al hijo mayor.

Debido a la presión internacional y a la presencia de la OIT en el país, los militares recurren al trabajo forzoso de manera algo más discreta. Envían por ejemplo un mensajero para comunicar la orden de requisa en la aldea, en lugar de mandar órdenes escritas. A veces se paga a los trabajadores cantidades ridículamente bajas (lo que, de todas maneras, no quita nada del carácter forzoso del trabajo). También a los presos se les hace efectuar trabajo forzoso en los proyectos del SPDC, aunque tengan menos de 18 años.

El trabajo forzoso que se impone a los adultos o a los niños repercute directamente, por cierto, en la situación económica de la familia que lo sufre. *“En mi aldea ya ha ocurrido que ciertas familias tuvieron que enviar a uno de sus miembros durante 10 ó 15 días por mes para efectuar trabajo forzoso en los proyectos del SPDC, sin que se lo remunerara, continúa diciendo la refugiada shan. Esas jornadas perdidas aumentan nuestra pobreza y limitan aún más las posibilidades de mandar los chicos a la escuela o de solventar gastos de atención médica.”* A veces los chicos también faltan a la escuela por el trabajo forzoso que los obligan a realizar.

4) LA SALUD

Según el UNICEF, del 1,3 millón de niños que nacen anualmente en Birmania, 92.500 morirán antes de cumplir un año y 138.000 antes de los 5 años. El índice de mortalidad infantil en los menores de un año era en 1996 de 71 cada 1.000 niños nacidos vivos (73 en las zonas rurales, 66 en las ciudades), el índice de mortalidad de los niños menores de 5 años, de 106 cada 1.000. En Birmania, las principales causas de enfermedad y muerte de los niños son las neumonías, diarreas, tuberculosis, malaria, rubéola, hepatitis B y SIDA. Según la sección birmana del UNICEF, la gran mayoría de las muertes de niños se deben a falta de atención adecuada y de conocimientos. El avanzado estado de deterioro en que se encuentran la educación y el sistema de salud pública es directamente responsable de esas muertes, que se podrían evitar si el SPDC asignara los montos necesarios en lugar de derrochar el dinero del Estado en gastos militares (en 1998-1999 se destinó al sector de salud nada más que el 2,6 por ciento del presupuesto estatal).

La desnutrición favorece el desarrollo de esas enfermedades. Ahora bien, en este momento en Birmania más de uno de cada tres niños menores de 5 años está mal alimentado. En 2000, un estudio mostró que 35,3 por ciento de los niños menores de cinco años pesaban menos que el promedio de su edad. En las zonas urbanas, el 5,5 por ciento pesa netamente menos que el promedio y 8,5 por ciento en las zonas rurales. Esas estadísticas no sorprenden para nada en un país donde la cuarta parte de las familias tiene un nivel de ingresos inferior al umbral de subsistencia.

En Birmania resulta difícil hacer estadísticas en el ámbito de la salud: dada la decadencia del sistema de salud pública, cuando se enferman, muchos birmanos se automedican, van a pequeñas estructuras particulares o a los curanderos tradicionales y no figuran en las estadísticas oficiales, ni siquiera cuando fallecen a causa de sus enfermedades. Las cifras que presentamos deben entonces tomarse con pinzas. Probablemente sean insuficientes y deban extrapolarse.

Partos fuera del entorno médico

Muchas mujeres prefieren no ir a los hospitales públicos por lo que cuestan y por la mala calidad de la atención que allí reciben. Entre el 70 y el 80 por ciento de las madres paren sus hijos en la casa, donde las ayudan personas con mayores o menos calificaciones, como las parteras o las *traditional birth attendants* (asistentes para el parto tradicional). Sin embargo, el UNICEF señala que según las distintas estimaciones, entre 100 y 580 partos cada 100.000 terminan con la muerte de la madre. Más de la mitad de esos fallecimientos se producen lejos de todo establecimiento público de atención médica y más de la tercera parte en ese tipo de establecimiento, porque están muy mal equipados para hacer frente a eventuales complicaciones. Inclusive en los hospitales públicos, son las parteras las que se encargan de los partos.

Además, una cuestión de imagen hace que los birmanos eviten ir a los hospitales para los partos: *“Los birmanos saben que es mejor ir a un hospital para un parto, explica un funcionario de la OMS (Organización Mundial de la Salud) de Rangún, pero cuando van, sus amigos les preguntan si hay algún problema. Además, saben que en los hospitales hay partos “cinco estrellas” y partos “normales”, según sea la cantidad de dinero que se pague”* (véase el capítulo “nivel de vida” para hacerse una idea de la dimensión de los montos que se tienen que pagar).

Hospitales que agonizan

Según los datos del gobierno birmano correspondientes a 1999, el sistema de salud pública disponía de 6 camas de hospital, 3 médicos y 2 enfermeras por cada 10.000 habitantes. Sin embargo, la repartición de la infraestructura médica es muy despareja. Las zonas fronterizas, donde vive gran parte de las minorías étnicas, están muy desfavorecidas con relación al eje Rangún-Mandalay, con un hospital cada 132.500 habitantes y un centro rural de salud cada 221.000 personas, cuando el promedio nacional de los centros rurales de salud es diez veces superior. Es verdad que algunas de esas regiones siguen siendo todavía muy peligrosas para las tropas del gobierno ya que diversos grupos armados rebeldes todavía las atacan (aunque esos grupos ya no tienen la fuerza que solían). En las zonas de conflicto, los aldeanos a veces pueden contar con la ayuda de los birmanos exilados en Tailandia ya que algunos de ellos vuelven a cruzar las fronteras para recorrer las montañas y brindarles cierta atención médica y consejos sanitarios. La federación sindical FTUK (Federation of Trade Unions Kawthoolei) es una de las organizaciones que arma ese tipo de equipos médicos móviles equipados con grandes mochilas. Diversos voluntarios de la FTUK ya fueron detenidos al encontrarse con soldados del SPDC o resultaron muertos en combate.

La existencia de un hospital público no es ninguna garantía de que los pacientes reciban atención médica: Dado el estado de extrema indigencia en que está la mayoría de esos hospitales, los pacientes se tienen que comprar los medicamentos y el material médico (y van por sus propios medios, dada la escasez de ambulancias e inclusive de caminos en ciertas regiones). Si bien se supone que las consultas son gratuitas, si se quiere tener una chance de hacerse atender en los hospitales, hay que pagar a los médicos ya que los salarios de estos últimos son demasiado bajos para que puedan sobrevivir. No obstante, ciertos médicos adaptan sus tarifas al nivel de pobreza de los pacientes.

Muchas aldeas no tienen ningún acceso a los centros de salud del gobierno porque éstos están situados demasiado lejos. A veces, personas con un mínimo de conocimientos médicos ayudan en caso de enfermedades benignas pero, según el UNICEF, habría solamente una persona de ese tipo cada cuatro aldeas, es decir, más que insuficiente dado el relieve montañoso y la ausencia de caminos en buena parte del país. Además de la falta de

infraestructuras, la cruel ausencia de atención médica en las zonas rurales se explica por los salarios míseros que se pagan a los profesionales de la salud de los establecimientos públicos. Esos salarios hacen que procuren encontrar trabajo en las estructuras privadas, las cuales están situadas principalmente en las ciudades.

SIDA

Según un comunicado de la agencia de noticias Associated Press, el Ministerio de Salud de Birmania afirma que actualmente 180.000 personas infectadas de SIDA pero ONUSIDA piensa que serían más bien entre 170.000 y 420.000. El gobierno toma algunas medidas en ese ámbito... como de costumbre, sin preocuparse mucho por la realidad en el terreno, sobre todo en las zonas étnicas: *“El gobierno envía empleados a las aldeas de la etnia shan para que hablen del SIDA, explica una militante de SWAN (Shan Women Action Network). Una persona por familia debe obligatoriamente estar presente en esas sesiones, que se llevan a cabo en birmano, un idioma completamente distinto del que hablan los shans.”*

Un atisbo de esperanza

A pesar de los pocos medios y de la escasa voluntad política que se pone en la atención médica, es necesario reconocer que se han hecho algunos adelantos en ese ámbito. El UNICEF señala que en los años noventa hubo mejoras en lo concerniente a vacunación, distribución de sal ionizada y complementos de vitamina A. Esos progresos fueron posibles gracias a la acción del gobierno, del UNICEF y de organizaciones no gubernamentales (ONG). Sin embargo, en Birmania el accionar de las ONG es limitado en Birmania, tanto por las restricciones que impone el SPDC al desarrollo de sus actividades como por la condena internacional del régimen.

LA SITUACIÓN DE LOS NIÑOS BIRMANOS EN TAILANDIA

1) LOS BIRMANOS DE TAILANDIA

Tailandia no ratificó la Convención de Ginebra sobre la posición jurídica y social de los refugiados. Ninguna legislación rige allí el trato que se da a los refugiados pero ese país tolera la presencia en su territorio de centenares de miles de inmigrantes, en su gran mayoría birmanos. Tailandia es, de lejos, el principal país de exilio de los birmanos confrontados a la política del SPDC. Habría unos dos millones de ellos viviendo en Tailandia. Más de 130.000 están registrados oficialmente en siete campamentos situados a lo largo de la frontera, de donde se supone que no pueden salir. El Alto Comisariado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) supervisa a los habitantes de los campamentos de la zona fronteriza pero son las ONG las que a diario les brindan principalmente atención médica y educación.

La gran mayoría de los birmanos de Tailandia son entonces inmigrantes no registrados en los campamentos y que buscan trabajo en ese país. No necesariamente han huido de las violaciones de derechos humanos que cometen las tropas del SPDC sino más bien de la miseria económica que impone su política, que imposibilita llevar una vida decente y a veces inclusive sobrevivir. Estas personas envían una parte de lo que ganan en Tailandia a los familiares que quedaron en Birmania.

Para poner algo de orden en esta inmigración, el gobierno tailandés autorizó durante dos períodos el registro de los inmigrantes. Para hacerlo tenían que pagar algo más de 100 dólares y tener un empleador, con lo que podían obtener un permiso de trabajo por un tiempo determinado. Ese permiso les da derecho a hacerse atender en los hospitales tailandeses a más bajo precio, igual que los nacionales tailandeses (a pesar de que, en la práctica, los problemas lingüísticos se agregan a que ciertos médicos tailandeses exigen de todas maneras que se les pague más). Ese derecho incumbe únicamente al trabajador mismo y no les da la posibilidad de inscribir a sus hijos en una escuela tailandesa ni el derecho de percibir el salario mínimo estipulado por la legislación tailandesa.

2) LA EDUCACIÓN DE LOS NIÑOS BIRMANOS EN TAILANDIA

En principio, las escuelas tailandesas no reciben a los niños de los migrantes birmanos, tengan éstos o no permiso de trabajo, porque no tienen documentos tailandeses de identidad. Algunos directores de escuelas y autoridades regionales toleran las inscripciones de niños birmanos en la escuela primaria pero esos chicos tienen muchas dificultades para superar las barreras lingüísticas, la diferencia del nivel escolar y los costos de los útiles escolares.

Los niños de los inmigrantes tampoco pueden ir a las escuelas de los campamentos de refugiados ya que únicamente los refugiados pueden estar en esos campamentos (aun cuando existan algunas excepciones a esta regla estipulada por las autoridades tailandesas). Para obtener algo de instrucción recurren más bien a las escuelas informales que creó la diáspora birmana en Tailandia pero, lamentablemente, esas escuelas son demasiado poco numerosas. Sus fundadores difieren: diversas ONG establecidas en Tailandia, sindicatos birmanos en el exilio, comunidades religiosas, particulares, pequeñas asociaciones de migrantes, etc. Sobreviven gracias a donaciones y generalmente son gratuitas para los alumnos. No obstante, deben mantener un perfil bajo porque el gobierno tailandés no reconoce oficialmente su existencia.

La FTUB (Federación de Sindicatos Birmanos), un sindicato birmano en el exilio, tiene dos escuelas para hijos de trabajadores migrantes en la ciudad de Mae Sot, cercana a la frontera. Una de esas escuelas comprende desde jardín de infantes hasta segundo grado de primaria, la otra desde jardín de infantes hasta cuarto grado. Luego, la FTUB intenta hacer acuerdos con escuelas tailandesas de la región que tienen pocos alumnos para que acepten niños birmanos. Empezó asimismo cursos de formación profesional para los padres de los alumnos (costura, etc.). La AFL-CIO estadounidense costea ambas escuelas de la FTUB, por un monto de unos 400.000 bahts (alrededor de 9.500 dólares) al año. Los docentes de esas escuelas ganan 2.500 bahts por mes. En ambas escuelas hay 180 niños inscritos pero esa cifra aumenta constantemente por lo que se deberían conseguir más fondos para brindar un mejor seguimiento educativo.

Además del dinero necesario para el funcionamiento de las escuelas, ciertos birmanos deben además pagar sobornos a las autoridades locales para que no se opongan a su existencia. *“Tengo que pagar a las autoridades de inmigración 100 dólares por año, otro monto igual a la policía y también a los empleados de la municipalidad, explica la directora de varias escuelas para niños de migrantes birmanos. ¡No son gastos que se puedan inscribir directamente en una propuesta de presupuesto que se presenta a los donantes!”* Esa directora quisiera ahora abrir una escuela secundaria pero tropieza con el problema del financiamiento: se necesitarían por lo menos 1.000 dólares mensuales para una escuela de 100 alumnos ya que, además de los salarios de los docentes, hay que solventar los gastos de comida y transporte de los niños si se quiere que los padres los envíen.

Algunos padres que están en situación ilegal no se atreven a enviar a sus hijos a la escuela porque temen que los arresten en el camino. Según los interlocutores que tuvimos en Tailandia, la policía tailandesa no arrestaría a los niños que se dirigen a la escuela, ni siquiera aunque estén en situación ilegal, pero podría arrestar a los padres con quienes van y llevarse a toda la familia. Las escuelas que pueden, organizan entonces un transporte escolar que recoge a los niños cerca de sus casas. Otros padres migrantes no

estiman útil que sus hijos estudien y les es indiferente la existencia o no de escuelas para ellos. Es cierto que los certificados que otorgan esas escuelas informales no están reconocidos en absoluto, ni en Tailandia ni en ningún otro lugar.

La enseñanza en los campamentos de refugiados

En los campamentos de refugiados, la enseñanza comienza por el jardín de infantes y llega hasta el fin del secundario. Las estructuras de madera y bambú de las escuelas de los campamentos de refugiados no constituyen un entorno óptimo para las distintas clases pero, en general, la enseñanza que se imparte es de calidad satisfactoria (aun cuando la misma varía de un campamento a otro), gracias al aporte monetario de las ONG y a la buena voluntad de quienes participan en esa tarea. La enseñanza es prácticamente gratuita: solamente se piden a los padres pequeñas contribuciones (para las actividades deportivas, una u otra celebración, etc.). Esas contribuciones no son obligatorias y disminuyen cuando hay más de un hijo del mismo hogar inscrito en la escuela. El salario de los docentes que trabajan en los campamentos varía de un lugar a otro pero se sitúa en torno a los 4 ó 5.000 bahts mensuales (100 - 120 dólares), es decir, 20 veces más de lo que gana un docente en Birmania.

“Una de las dificultades es que el nivel escolar de los nuevos ingresantes varía mucho, explica el director de una escuela situada en un campamento. Se dan cursos a los nuevos para que se nivelen con los demás, pero eso no siempre se consigue, sobre todo cuando ya tienen más de 15 años y no fueron nunca a la escuela.” Los mejores alumnos que terminan el secundario en los campamentos a veces pueden seguir alguna especialización en ámbitos vinculados con la vida de los campamentos (gestión de las comunidades, atención médica, educación, etc.). Algunas de esas especializaciones se imparten a través de los programas de educación a distancia, conocidos como DEP (Distance Education Programmes), que llevan a cabo por correspondencia universidades extranjeras, a menudo australianas, canadienses o estadounidenses. En ciertos campamentos se imparten asimismo cursos de formación profesional (mecánica, agricultura, costura, etc.), esperando que esos conocimientos puedan resultar útiles tras un eventual retorno a Birmania (o inclusive inmediatamente, en caso de conseguirse un trabajo clandestino en Tailandia).

Uno de los problemas cruciales a los que se ven confrontados los docentes es la falta de posibilidades de poner en práctica lo que se enseña ya que los habitantes de los campamentos de refugiados no están autorizados a salir de los mismos, salvo en caso de fuerza mayor. *“Mi hijo nació en un campamento de refugiados de Tailandia, aprobó todos los exámenes hasta el fin del secundario, pero nunca puso los pies fuera del campamento”,* explica un padre karen que habita un campamento de refugiados cercano a Mae Sot. Hasta ahora, esta situación solamente concierne a una minoría de alumnos ya que la mayoría no nacieron en los campamentos sino que llegaron hace

algunos años. No obstante, si en el futuro nada cambia, cada vez serán más los jóvenes birmanos que estarán en esta paradójica situación.

En algunos campamentos, gracias a la comprensión de las autoridades locales, diversos niños que habitan en Birmania pueden ir a clase durante el año escolar y volver a Birmania durante las vacaciones, y seguir yendo y viniendo para continuar sus estudios.

3) EL TRABAJO DE LOS NIÑOS BIRMANOS

Los empleadores tailandeses no necesariamente buscan menores puesto que saben los riesgos que corren al contratarlos (debido a la legislación tailandesa y a su propia imagen ante la clientela). Además, ya disponen de una mano de obra dócil y fácilmente explotable en la persona de los migrantes adultos. No obstante, algunos hacen caso omiso de la legislación laboral tailandesa y contratan menores, a veces accediendo a pedidos de los padres, que trabajan para el mismo empleador y prefieren que sus hijos trabajen cerca de ellos en lugar de tener que dejarlos solos. Se encuentran entonces niños birmanos, algunos de nada más que 8 años de edad, en las actividades siguientes:

- Empresas: fábricas de textil, ropa, fabricación de botellas, fábricas de conservas, etc.
- Trabajo doméstico y cuidado de niños
- Pequeños restaurantes: lavado de platos, atención a los clientes en la mesa, etc
- Empleados de estaciones de servicio
- Pesca
- Construcción
- Agricultura
- Prostitución. Desde hace varios años, el gobierno tailandés libra en su territorio una lucha encarnizada y eficaz contra la prostitución infantil. Gracias a las medidas que tomó, la cantidad de niños que se prostituyen en Tailandia disminuyó de manera drástica pero el problema persiste, como lo demuestran de tanto en tanto los allanamientos policiales en lugares de prostitución.
- Mendicidad

En la ciudad tailandesa de Mae Sot (provincia de Tak) hay una gran cantidad de birmanos exilados. Trabajan en las fábricas (textiles, juguetes, piedras preciosas, etc.), la construcción, el trabajo doméstico, los restaurantes o en las plantaciones cercanas a la ciudad. Los testimonios demuestran la existencia de trabajo infantil en esos sectores pero sería muy difícil decir cuántos son los menores que desempeñan tareas porque todo tiene lugar en la clandestinidad. En la fábrica textil CKI, que produce ropa destinada a ser exportada, diversos testigos declaran que hay trabajando entre 10 y 20 menores de entre 14 y 16 años de edad. Generalmente están allí con sus padres, que prefieren verlos trabajar a su lado que dejarlos solos en el

dormitorio común. *“A mis padres les gustaría que fuéramos a la escuela pero temen que corramos peligro, explica una chica de 13 años que trabaja para la CKI. Llevo varios meses trabajando en esta empresa. Cuando viene un inspector, el empleador se las arregla para que le avisen y entonces tenemos que quedarnos en el dormitorio.”*

Las condiciones de trabajo y el salario en la CKI no dependen de la edad de los trabajadores o trabajadoras: se trabaja de las 8 a las 24 de lunes a viernes (con dos pausas de una hora), de 8 a 21 los sábados (con las mismas pausas) y de 8 a 17 los domingos (con una pausa de una hora). *“Nos pagan 40 bahts (alrededor de 1 dólar) diarios y 5 bahts por hora extraordinaria, explica otra menor que trabaja en la fábrica CKI. Tenemos los mismos salarios y las mismas condiciones que los adultos.”* Los empleadores aprovechan el laxismo de las autoridades regionales para explotar al máximo a su personal. En otra fábrica de la región se encontraron 8 niños durante una visita de los inspectores, que iban acompañados por un asesor de la embajada estadounidense. La fábrica hubiera tenido que pagar 20.000 bahts de multa pero sobornó a la policía y el caso se cerró.

Trata de niños

Los niños birmanos, ya sea que vivan en regiones de Birmania cercanas a Tailandia o que estén en este último país, corren el riesgo de ser víctimas de trata y llevados a las grandes ciudades tailandesas donde se los obligará a mendigar en la calle. En algunos casos, sus padres reciben a cambio algo de dinero (entre 25 y 50 dólares, según los testimonios recogidos en Mae Sot), pero también hay otros niños ya en situación muy precaria (huérfanos, chicos de la calle, parejas divorciadas, etc. ...) a quienes los intermediarios les prometen una vida mejor si se van con ellos a Bangkok. El deseo de ver nuevos horizontes y, sobre todo, una gran metrópolis como la capital tailandesa, ayuda a que los niños se decidan a seguir al intermediario, quien luego los venderá sin que lo sepan a personas que los obligarán a mendigar. Los centenares de kilómetros que median entre la frontera y Bangkok a menudo se hacen a pie, por senderos secundarios para eludir los controles policiales. Si los chicos no llevan suficiente dinero a la persona que los obliga a mendigar, ésta los golpea (un niño mendigo en Bangkok a veces puede llegar a juntar hasta 80 dólares diarios).

Además de la mendicidad, las redes que llevan a los niños birmanos hacia Tailandia a veces los obligan a trabajar como empleados domésticos, a buscar lo que haya de útil en la basura para revenderlo o inclusive a prostituirse.

4) LA SALUD

En cuanto a los birmanos registrados en los campamentos, no tienen demasiados problemas porque pueden hacerse atender gratuitamente en los

dispensarios de los campamentos y hay acuerdos con hospitales tailandeses para transferirlos en caso de dolencias graves. Por el contrario, la gran mayoría de los birmanos que están en Tailandia y que no están en los campamentos, tienen que pagar para hacerse tratar en los hospitales tailandeses y en la mayoría de ellos se cobran sumas que los migrantes no están en condiciones de pagar. Cuando viven relativamente cerca de Mae Sot, pueden ir a la clínica del Dr. Cynthia, un médico birmano que instaló una clínica en esa ciudad cercana a la frontera y atiende a todos sus compatriotas.

Se supone que el permiso de trabajo creado por las autoridades tailandesas da a los birmanos derecho de hacerse atender en los hospitales al mismo precio que un paciente tailandés pero ciertos médicos de los hospitales continúan exigiendo precios más elevados y los birmanos no tienen realmente en Tailandia ningún lugar donde puedan quejarse de esta actitud.

LA SITUACIÓN DE LOS NIÑOS BIRMANOS EN BANGLADESH

Brindaremos aquí nada más que un panorama muy sucinto de la situación de los niños birmanos en Bangladesh porque esta vez no pudimos permanecer en la región donde están. Según diversas organizaciones y personas que trabajan en la región donde se encuentran los niños, cerca de la frontera, parecería que su situación es especialmente difícil, más que en Tailandia, en todo caso.

En Bangladesh hay dos campamentos para los refugiados procedentes de Birmania, que son en su mayoría rohingyas, una etnia musulmana. En esos campamentos, situados cerca de la ciudad de Cox's Bazar, hay en este momento alrededor de 21.500 rohingyas. En esos campamentos hay algunas escuelas y dispensarios pero no cuentan con un suministro suficiente de agua y alimentos, lo que origina problemas de desnutrición, principalmente en los niños. Muchos refugiados están allí desde 1991-1992, habiendo huido de la continua represión del SPDC contra esta minoría. El ACNUR tiene un plan para retirar esos campamentos antes de fin de 2004, lo que da lugar a serias inquietudes en cuanto a la suerte que correrán esos refugiados.

Decenas de miles de otros refugiados fueron repatriados por la fuerza, sobre todo en 1994 y 1995. A pesar de esas repatriaciones, muchos rohingyas continuaron huyendo de Birmania hacia Bangladesh. Esos recién llegados están indocumentados y no se los autoriza a permanecer en los campamentos. Hay por lo menos 100.000 personas en esa situación. Sus hijos no pueden inscribirse en las escuelas de Bangladesh pero se los acepta en ciertas escuelas coránicas. La mayoría de esos chicos trabajan, principalmente en la pesca, mendicidad o haciendo trabajitos como recoger ramitas de leña que luego venden en los mercados.

Al igual que sus compatriotas refugiados en Tailandia, los rohingyas escapan de la opresión que sufren bajo la dictadura del SPDC (trabajo forzoso, humillaciones, represión religiosa, confiscaciones de tierras, etc.). Sin embargo, los medios de comunicación, las ONG y las organizaciones internacionales les prestan mucho menos atención.

CONCLUSIONES

La mejora de la situación de los niños birmanos, ya sea que vivan en Birmania, en Tailandia o en Bangladesh, seguirá siendo una utopía hasta tanto el gobierno birmano no modifique radicalmente su política. Mientras siga consagrando la mitad de su presupuesto a los gastos militares y violando flagrantemente los derechos humanos, se continuará denegando a los niños birmanos atención médica y educación adecuadas, y el trabajo infantil seguirá constituyendo un problema grave.

Desde que tomó el poder, la dictadura militar del SPDC demostró claramente que no tiene la intención de cambiar su política de “dar prioridad al ejército”. Por lo tanto, La CIOSL hace un llamamiento a la comunidad internacional para que acentúe su presión sobre el gobierno del SPDC a fin de que éste acepte el retorno de la democracia en Birmania. Se deben reforzar las sanciones económicas contra el régimen (incluyendo el retiro de las inversiones extranjeras y un boicót al comercio con Birmania). Las empresas multinacionales, a pesar de que procuran mejorar su imagen fundando algunas escuelas o clínicas en Birmania, brindan considerable respaldo al régimen dictatorial a través de sus vínculos comerciales, por lo que deberían retirarse inmediatamente de ese país (la lista de las empresas que tienen relaciones comerciales con Birmania figura en el sitio de Internet de la agrupación Global Unions en la dirección siguiente: <http://www.global-unions.org/burma/>).

Los países vecinos de Birmania están en posición de desempeñar un papel de peso a escala regional -si así lo desearan- para ayudar a los niños birmanos, ejerciendo presión política y económica real y efectiva en pro del cambio. Las economías nacionales de esos países se verían muy beneficiadas con el regreso de la democracia a Birmania. Sus países vecinos deberían asimismo reconocer los derechos fundamentales a todos los migrantes presentes en sus territorios (inclusive el de mandar a sus chicos a la escuela) y ratificar y aplicar los convenios y convenciones internacionales relativos a los migrantes, como el Convenio núm. 97 de la OIT sobre los trabajadores migrantes.

Los países vecinos deben también asegurarse de que la legislación laboral, en particular la relativa al trabajo infantil en línea con los Convenios nos. 138 y 182 de la OIT, se aplique de forma uniforme independientemente de la nacionalidad de los implicados. Los niños migrantes que se encuentren trabajando deberían ser enviados a la escuela y no separados de sus familias y deportados de vuelta a Birmania, como ocurre en ciertas ocasiones.

Los sindicatos birmanos en el exilio (entre ellos la FTUB y la FTUK) y las ONG que trabajan para ayudar a los niños birmanos deben recibir de la comunidad internacional un respaldo mayor, inclusive de orden financiero, a fin de que puedan ampliar sus proyectos, como crear escuelas para los niños birmanos exilados y brindar respaldo a las escuelas no gubernamentales

creadas por las comunidades locales en la misma Birmania. Los sindicatos no tienen como función habitual fundar o administrar escuelas pero, frente a la indigencia del sistema escolar birmano resultante de la política del SPDC, los sindicatos y otras organizaciones están desempeñando un papel de importancia crucial contribuyendo a que los niños birmanos puedan ir a la escuela.

Como ocurre en cualquier otro país, los niños de Birmania son su futuro. Son las víctimas directas de los actos de violencia de la dictadura militar y de su deplorable administración del país. Es urgente que la comunidad internacional tome medidas más enérgicas y más abarcadoras para encontrar soluciones rápidas a la catastrófica situación que se describe en este informe.
